

SIMPLE PLACER

Michel Foucault

Los homosexuales, declara un tratado de psiquiatría, se suicidan «con harta frecuencia». «Con harta frecuencia», es encantador. Figurémonos pues unos mozalbetes larguiruchos, delicados, de mejillas pálidas como la cera, inútiles para franquear la raya del sexo contrario; a lo largo de su vida no paran de coquetear con la muerte para regresar, acto seguido, con cajas destempladas. Lo que no deja de ser molesto para los vecinos. A falta de amores con el *sexo débil*, se desposan con la muerte. En defecto del otro sexo, el otro mundo. Pero son tan incapaces de morir del todo como de vivir plenamente. En ese juego grotesco, los homosexuales y el suicida se desacreditan mutuamente.

Hablemos siquiera sea brevemente en abono del suicidio. No tanto para reivindicarlo, lo cual ha hecho expresar a muchos verdaderas lindezas, como para denigrar la mezquina realidad que lo rodea. Contra las humillaciones, las duplicidades, las ruindades a las que se les somete: hacerse a toda prisa con comprimidos, dar con una navaja de las de antes, escudriñar los escaparates de las armerías y pasar intentando poner cara de circunstancia. Aunque para mí tengo que son acreedores no tanto de una consideración solícita, que resultaría a la postre molesta, como de una atención seria y competente en extremo. Nada nos impediría poder discutir sobre la calidad del arma, sobre sus efectos, nos gustaría que se tratara de un dependiente experimentado, amable, alentador, pero discreto, no demasiado hablador; que captase enseguida que tiene delante a un cliente dispuesto, pero torpe, que nunca pensó que llegaría a utilizar un arma de fuego. Sería deseable que su celo no le impidiese, en caso necesario, aconsejarnos sobre otros medios más acomodados a nuestro carácter, a

La balsa de la Medusa, 43, 1997.

nuestra complejión. Ese trato y esa entrevista son preferibles mil veces a la discusión con los empleados de la funeraria con el difunto de cuerpo presente.

Gentes a las que no conocemos ni nos conocen nos trajeron un buen día al mundo. Nos han hecho creer y ellas mismas están sinceramente convencidas de que nos esperaban. En todo caso, prepararon con sumo cuidado y con una solemnidad a menudo un tanto afectada nuestra venida al mundo. Sin embargo, no se nos permite preparar a nosotros mismos con el cuidado, la aplicación y la vehemencia que queramos y con las complicidades que nos vengán en gana aquello que desde antiguo teníamos en mente, cuyo plan decidimos en nuestra niñez, acaso una tarde de estío. En punto a humanos, la vida es frágil y la muerte segura. ¿Por qué razón hemos de llegar a esa certidumbre a través de un azar, que toma por su carácter repentino o inevitable la traza de un castigo?

Me irritan un poco las doctrinas que prometen enseñar a morir y las filosofías que señalan cómo dar ese paso. Me trae sin cuidado lo que entre nosotros se entiende como «preparación». Hay que ir tomado medidas, disponerla, elaborarla elemento a elemento, o mejor dar con los ingredientes, idear, elegir, tomar consejo, esmerarse para alcanzar una obra sin espectador, personalísima que durará lo mismo que el postre suspiro. Los sobrevivientes, no lo ignoro, no advierten en el suicidio más que huellas mezquinas, soledad, torpeza, vanas invocaciones. Se ven abocados a plantearse la cuestión del «por qué», la única cuestión, tocante al suicidio, que debería estar terminantemente prohibida.

«¿Por qué? Sencillamente, porque me dio la gana». No puedo negar que el suicidio deja huellas penosas, pero ¿de quién es la culpa? ¿Acaso es poco tener que colgarse en la cocina y quedar con la lengua colgando? ¿O encerrarse en el baño para abrir la espita de gas? ¿O dejarse la tapa de los sesos en una acera que habrán de lamer los perros? Creo en la espiral del suicidio: estoy seguro de que muchas personas se entristecen con sólo pensar en las mezquindades que se infligen al suicida en ciernes (y no hablo de las mismas víctimas, con la policía, el coche de bomberos, la portera, la autopsia y no sé cuántas cosas más) que prefieren darse muerte antes que detenerse a pensarlo.

Un consejo para los que practican la filantropía. Si de verdad desean que disminuya el número de suicidios, han de procurar que no haya más que personas que se den muerte previa voluntad reflexiva, serena y libre de zozobras. No hay que dejar al suicida en manos de infelices que pueden echarlo a perder o reducirlo a miseria. De todas formas, el número de personas desgraciadas es mucho mayor que el de dichosas.

Michel Foucault (1926-1984) es autor de, entre otros, los siguientes libros: *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique* (1961-1972), *Les Mots et les choses* (1966), *Surveiller et punir. Naissance de la prison* (1975). De todos ellos existe traducción castellana.

Siempre me ha parecido curiosa la afirmación de que no hay que inquietarse respecto de la muerte porque entre la vida y la nada, la muerte, a fin de cuentas, no es en sí misma nada. ¿Pero es esto lo único que hay que tener en cuenta? De hacer algo, hagámoslo bien.

Salvo los vulgares, hemos perdido un buen número de placeres. Los hemos perdido por distracción o por desidia, por falta de imaginación y por falta de empeño también, mientras disfrutamos de tantos que son completamente monótonos. Tenemos la inmensa suerte de disponer de un momento absolutamente especial, de todos es éste en el que más debemos esmerarnos, no para inquietarse o para buscar la serenidad sino para alcanzar un placer desmedido, cuya preparación paciente, continua, sin fatalidad ninguna, iluminará la vida entera. El suicidio fiesta, el suicidio orgía no son más que modalidades posibles, hay otras más intelectuales o más elaboradas.

Cuando contemplo las *funeral homes* en las calles de las ciudades americanas, no sólo me apena su espantosa trivialidad, como si la muerte eximiese de todo esfuerzo imaginativo, sino que lamento que sirva sólo a difuntos y a parientes que se contentan con estar todavía vivos. ¿Dónde están, para los que no disponen de medios o para los que una reflexión exagerada dejó agotados al punto de rebajarse a ceremonias repetidas mil veces, los laberintos fantásticos que los japoneses han habilitado para el sexo conocidos como «Love Hotel»? Sobre el suicidio, tendríamos mucho que aprender de ellos.

Quien tenga la ocasión de ir a Chantilly de Tokyo, entenderá lo que quiero decir. He ahí lugares sin geografía ni calendario a los que se accede para buscar, rodeados de decorados estrafalarios y con parejas anónimas, la oportunidad de morir sin el yugo de la identidad: sin un tiempo fijado, con segundos, semanas y hasta meses por delante terminará por presentarse con evidencia imperiosa la ocasión que enseguida sabremos que no podemos desaprovechar: adoptará la forma informe del placer, absolutamente simple.

Traducción de Luis Cayo Pérez Bueno

Noticia del texto

«Un plaisir si simple», *Le Gai Pied*, n.º 1, 1 abril 1979, pp. 1 y 10.